

Una manera de conseguir información de campo en el Cerro de los Monos, Tlalchapa, Guerrero

En el mes de mayo de 1986, el proyecto de recorrido de superficie denominado Amatepec-Tlatlaya-Tejupilco que fue aprobado por el Consejo de Arqueología del INAH y que se desarrollaba a mi cargo en el suroeste del Estado de México, en los límites con el estado de Guerrero; planteó la necesidad de recorrer un sitio, el cual partía desde la población de San Antonio del Rosario que era conocido con el nombre de Cerro Tequesquite, del que la gente oriunda que lo conocía decía que “estaba formado por unas calles de piedra muy bien hechas”.

En principio, la carta topográfica (1:50 000 E14A75) nos había conducido a él, ya que mediante un pequeño punto hacía la anotación que simplemente señalaba “ruinas arqueológicas”, característica que resaltaba inmediatamente a la vista, ya que este tipo de descripciones en la cartografía no es común mencionarlas. Debido a su ubicación en el municipio de Tlalchapa, estado de Guerrero del sitio denominado Cerro de los Monos, que se localiza en las estribaciones del lado sur de la Sierra de San Vicente, y en particular en el Cerro El Coyol, que desde 1946, y posteriormente en 1951, fue reportado por los arqueólogos Pedro Hendrichs y Carlos Margáin respectivamente: dada la importancia para entender el comportamiento cultural de la región bajo estudio, se presentaba ante nosotros como una duda si eran dos, o si

se trataba del mismo sitio que era reportado con el otro nombre ya mencionado hacia el lado del Estado de México.

Otra expectativa que se nos presentó sugerente para conocer este sitio fue que en caso de ser uno solo, éste

resultaría de proporciones considerables, al grado de que lo podríamos calificar como un desarrollo urbano regional o como sitio relevante y significativo dentro de nuestra estrategia de reconocimiento arqueológico, tal como ya habíamos observado para el sitio de Las Parotas que también se localiza en el municipio de Tlatlaya del Estado de México. Aún más, dado el difícil acceso del sitio debido a la posición estratégica natural en que se encontraba, otra hipótesis que rondaba en

nuestra cabeza fue que probablemente nos podríamos encontrar ante un sitio que por su ubicación en la zona, podría tratarse de una fortaleza tarasca.

Estas cuestiones sin duda nos impulsaron a caminar por el lugar.

Una vez que emprendimos la marcha para su estudio, observamos que efectivamente se trataba de un solo sitio. Sin embargo, antes de proseguir nuestra relatoría, es necesario aclarar que “las calles de piedra bien formadas” que se mencionaban no formaban parte del sitio, sino que en realidad se trata de una peculiar formación geológica de conglomerados de la época terciaria compuesta por grandes bloques con formas geométricas de cubos (de 3 a 5 m de altura por otro tanto de largo y ancho en promedio), un tanto degradados por los efectos de la erosión del viento y la lluvia. Posterior a este lugar (localizado todavía en el Estado de México) con rumbo al poniente a cientos de metros apareció la zona arqueológica (ubicada ya en el estado de Guerrero) que estaba resguardada por un enorme agrietamiento natural profundo que le rodeaba, el cual era posible atravesar gracias a la instalación artificial

de un relleno de rocas prehispánico cuyo nombre, según conocimos en nuestra primera visita en la que fuimos acompañados por gente de San Antonio del Rosario, era el de Puente de Dios.

Fue impactante observar cómo al atravesar esta falla geológica, los montículos de diversos tamaños se sucedían uno tras otro en decenas; prácticamente fue imposible contarlos en esta visita, por lo que decidimos conocer el centro del sitio y un tanto su extremo opuesto, con la finalidad de apreciar sus dimensiones (mide aproximadamente 2 km de largo) y características que apuntaban a todas luces a señalarnos que nos encontrábamos ante un sitio monumental que había que estudiar con mucho mayor detenimiento. En esta primera visita observamos mucha escultura en el suelo además de que uno de los tantos montículos, al decir de uno de nuestros acompañantes, había sido “trabajado”, esto es, presentaba huellas de saqueo más o menos recientes, por lo que procedimos a tomar algunas notas de las evidencias expuestas.

Con la finalidad de tomar un mayor registro de información del sitio, particularmente de las fachadas arquitectónicas estilo teotihuacano de unas subestructuras que antes habíamos visto, pero que no habíamos podido efectuar por atender primero a conocer las dimensiones y naturaleza del lugar, meses después decidimos regresar en una segunda ocasión pero variando nuestra ruta de acceso por Tlalchapa-El Puerto de Arriba (Guerrero), la cual era descrita por Carlos Margain como más corta. Esto era necesario porque nuestra primera incursión la efectuamos por San Antonio del

Rosario la que comprobamos que era extremadamente larga y agotadora, pues se efectuaba un recorrido redondo de 16 km en promedio con subida al principio.

Antes de proseguir deseo hacer un paréntesis, ya que en el camino de acceso, en la vereda, nos topamos ante dos personas, una de ellas vimos que iba armada con una escopeta o algo así. También debo agregar que esta visita la realicé con el historiador Hugo Arturo Calderón, vecino de la población de Teloloapan, Guerrero.

Una vez que llegamos al sitio y antes de dirigirnos a las estructuras que mostraban los elementos de nuestro interés, pudimos escuchar ruidos de golpeteo en la tierra que atrajo inmediatamente nuestra atención y decidimos averiguar de qué se trataba guardando en nuestro morral, por fortuna, la cámara fotográfica que nos disponíamos a usar. Lo que sucedía es que la estructura que en la primera visita dijimos que había sido

“trabajada”, estaba volviéndolo a ser. Cinco personas se ocupaban de ello. Uno ordenaba y los restantes se ocupaban de mover el escombros de piedra y tierra. El que ordenaba se encontraba cerca de un morral del que echó mano inmediatamente, cuando observó que nos acercamos. Pude advertir entonces que dentro de éste sujetaba un arma tipo revólver. Otro de los trabajadores realizó la misma maniobra. La actitud que en ese momento tomamos fue decir “buenas tardes” ante la que obtuvimos la misma respuesta. Rápidamente inicié una plática para contrarrestar el ambiente violento. Mi compañero se encontraba pálido y mudo por la sorpresa de haber visto las armas y restos de comida de varios días de los que se

adivinaba permanecían junto con las noches por los restos de fogatas.

—Disculpe —dije— sabe, andamos perdidos, vamos a San Antonio del Rosario, pero creo que perdimos la vereda.

—No, la vereda ahí está es por la que venían, pero se desviaron.

—Sí, lo que pasa es que nos desviamos porque escuchamos ruidos y venimos a preguntar, es que ya se nos hizo muy lejos (era evidente el saqueo por lo que debíamos retirarnos rápidamente).

—¿Cómo es posible que se pierdan si usted trae mapa?

En eso me di cuenta que la carta topográfica sobresalía del morral y dije (puras mentiras que es lo único que se me ocurrió decir en ese momento).

—Sí, traigo mapa porque me dijeron que por aquí vendían monos y venía a comprar unos, pero creo que ya nos perdimos.

—¿Y quién le dijo eso?, ¿de dónde vienen ustedes?

—Mire, lo que pasa es que yo soy ingeniero, hago carreteras y me gusta tener “monitos” como unos que han aparecido por San Francisco. Ahora trabajo en Tlatlaya, estamos pensando hacer una carretera por este lugar.

—¿A quién conoce usted de Tlatlaya?, porque yo soy de allá, ¿quién lo mandó para acá, quién le dijo que aquí vendían monos?

—En Tlatlaya conozco al secretario del ayuntamiento, con él trabajamos, él me dijo, se llama Saúl Maruri. También el presidente municipal don Felipe Segura me dijo, y en un libro lo leí, que aquí vendían monos, entre Tlalchapa y San Antonio.

—Oiga ¿y en ese libro dice a cuánto valen los monos? ¿Cómo se llama el libro?

—Es un libro como de historia, sólo dice que en un cerro que le llaman “los monos” venden idolitos, por eso vine.

Pero no veo a nadie por aquí que los venda, ya mejor nos vamos, nomás dígame por favor por donde le podemos seguir.

—¡No espere!, dígame si por donde van a hacer la carretera van a necesitar gente, mire, aquí trabajamos sacando piedra para venderla para hacer casas, somos campesinos y necesitamos trabajo.

Fue entonces cuando pensé: ¡vender piedra en donde es lo que sobra a kilómetros a la redonda! ¡Cómo les interesa el sitio de Las Parotas, se ve que lo conocen!

En ese preciso momento, entre los matorrales aparecieron dos personas más armadas con escopetas (o algo así), apuntándonos por atrás de nosotros diciéndonos:

—Los vimos pasar, pero como no salían de aquí venimos a ver.

—Déjalos, son amigos (entonces bajaron las armas).

Volviendo a la pregunta que se nos había hecho sin dejar de mostrar una sonrisa forzada a los últimos personajes, contesté: —Mire, el presidente quiere hacer la carretera sin dañar los momoxtles que hay por ahí y hay que estudiar el trazo, ese es mi trabajo. Si usted me dice donde lo puedo llamar le mando avisar de la gente después porque sí se va hacer más o menos pronto. Pero oiga: ¿usted no vende monitos? Para no irme con las manos vacías, ya caminamos mucho.

—No, nosotros no.

—Bueno pues ahí nos vemos, dígame por favor por dónde nos podemos ir a San Antonio. Si está muy lejos (ya sabíamos que lo estaba), mejor nos regresamos para Tlalchapa, allá está nuestro coche.

El saqueador, señalándole al vigilante le dice: “¡Encamínalos para que se vayan y no se pierdan porque andar por aquí es peligroso! y por favor no le digan a nadie que estamos trabajando porque aunque es de nosotros y todo el mundo lo hace, luego se enojan que nos llevamos la piedra.”

—No se preocupe, somos amigos, veníamos a otra cosa. Ahí nos vemos.

—¡Hasta luego!

Ya en la vereda de retorno, cuestionamos al vigilante y para nuestra fortuna, nos dio buenas respuestas:

—Oiga, ¡qué grande y bonito es este lugar!, tiene muchos momoxtles. Yo creo que ha de haber más, ¿no?

—¡Hay muchos! Arriba en San Vicente, en El Coyol, abajo, hay muchos.

—Si así es, fíjese que veníamos a comprar unos monos y nos perdimos, ya nos vamos. Oiga, ¿a quién le podremos comprar unos?, dice el señor con el que platicaba que él no tiene, ¿usted no sabe?

—Pues le hubieran preguntado pa' que no se perdieran a los dos que fueron a traer comida al pueblo, seguro se los encontraron en el camino.

—Bueno, sólo nos saludamos, no creímos que fuéramos a caminar mucho.

—¿Y qué no les dijo aquél dónde venden los monos?, él los vende, pero no aquí, allá en su casa, en San Antonio, pregunten por José Pedrozo. Bueno, aquí los dejo, ya váyanse.

—Bueno, nos vemos, gracias, que les vaya bien.

Todavía con sangre fría después de ver que se alejaron las personas entre la maleza, nos volvimos a desviar mi compañero y yo a tomar las fotografías y dibujos y medidas rápidas de los perfiles arquitectónicos de las subestructuras que deseaba ver nuevamente. Estos datos sirvieron para que en fecha posterior pudiera escribir un artículo con Alejandro Tovalín Ahumada, titulado “Cultura mezcala en el Estado de México, el caso de San Miguel Ixtapan”, en *Memoria de la XX Reunión de la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, 1987, 10 pp.

Como conclusión, sólo resta mencionar que a pesar de la gran área que comprende a estas poblaciones, la gente entre sí se conoce fácilmente. No es difícil pensar que el señor Pedrozo conociera a su vez al señor Amado García de San Francisco de Asís, entre otros, que

son los personajes que detectamos venden piezas de manera común, de tal suerte que nos encontramos ante un tipo de saqueo sistemático intensivo y de tráfico de piezas que sufren los sitios de la región, el cual era uno de los objetivos de nuestro proyecto: averiguar, detectarlos y plantear medidas de solución al respecto, mismas que hemos propuesto en nuestros informes de trabajo al Consejo de Arqueología del INAH.

Sorprende asimismo la forma de trabajo y organización de los saqueadores, así como su conocimiento del medio geográfico y de la localización de las zonas arqueológicas. En general, después de haber vivido esta experiencia, sólo me resta señalar que la forma de trabajo la he

variado notablemente, ya que en la actualidad continúo visitando lugares de difícil acceso, pero ahora con la compañía y la protección de los informantes y autoridades locales.

JOSÉ HERNÁNDEZ RIVERO
Centro INAH Estado de México